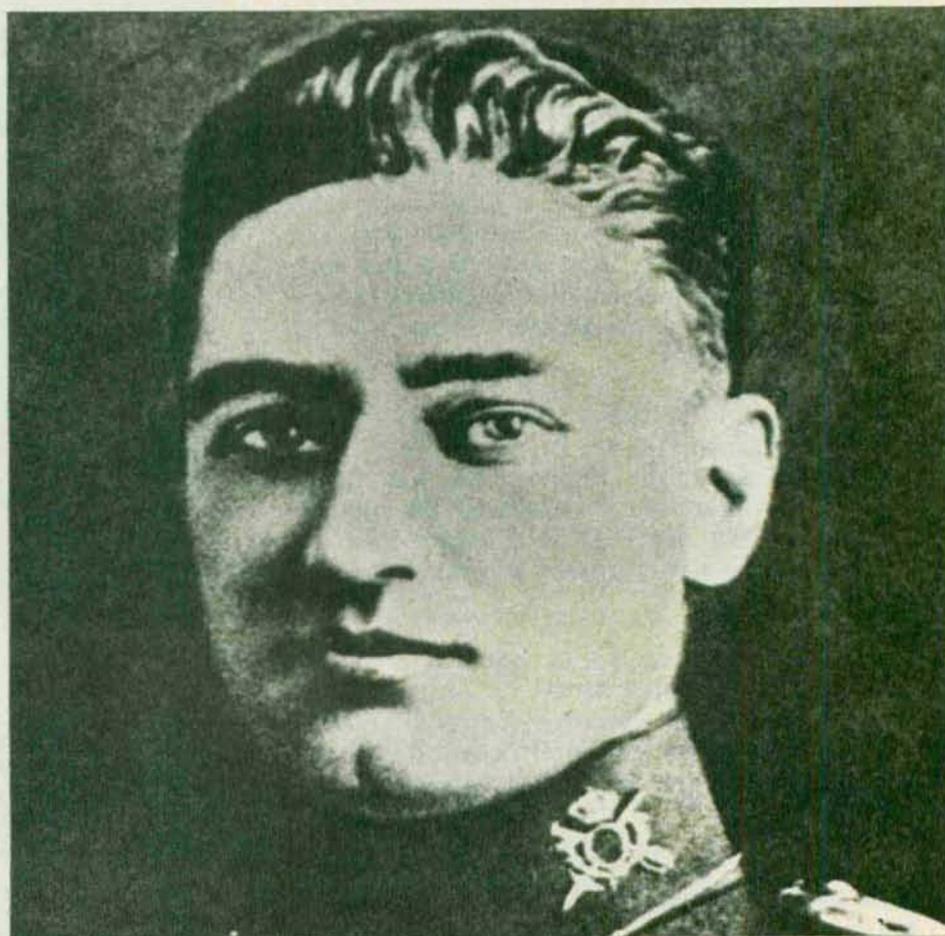


A veces, aunque
haya glorias
en las memorias,
los pueblos
no rememoran
un pasado concreto,
y así ocurrió
que la Revolución
de diciembre de 1930
fue olvidada pronto,
tan pronto que, después
del acto clamoroso
de su reivindicación
el 14 de abril de 1931,
ya nadie pareció
acordarse
de ella, ni de lo que
le debían al sacrificio
de los capitanes
Fermín Galán
y García Hernández.
Sin embargo, el brillo
de estos nombres
no definían
una consecución
modesta,
y en su categoría
histórica
revela ya la dividida
posición de los actores
políticos,
tocados algunos
por el achaque inestable,
que los lanzó
a un futuro pletórico
de contradicciones.
De esta Revolución
nace la crisis fundamental
socialista, que enfrentó
a Julián Besteiro
con Francisco Largo
Caballero,
emparejando
los sorprendentes
cambios de este último
con los que en sentido
inverso daban
los jefes militares
del movimiento
en Madrid,
el general Queipo de Llano
y el comandante
de Aviación
Ramón Franco, que gozaba
de la celebridad
de héroe nacional
por su vuelo
en el "Plus Ultra",
con travesía
del Atlántico y llegada
a Buenos Aires.



LOS CAPITANES FERMIN GALAN Y ANGEL GARCIA HERNANDEZ ENCABEZARON EL LEVANTAMIENTO DEL REGIMIENTO DE JACA EN DICIEMBRE DE 1930. TRAS EL FRACASO DE SU INTENTO REVOLUCIONARIO, AMBOS FUERON FUSILADOS INMEDIATAMENTE.

Crónica de un testigo socialista

LA REVOLUCION DE DICIEMBRE DE 1930

GABRIEL COCA MEDINA

Extrañamente, el verano de 1930 mostró unas temporadas políticas frías, que maduraron en lozanía tropical en el diciembre caliente. En la Redacción de nuestro diario, "El Socialista", todos parecíamos de acuerdo en que había que ir a la Revolución, pero entre algunos de los camaradas más veteranos había sus más y sus menos. Tras la Dictadura del general Primo de Rivera estábamos en la "dictablanda" del general Berenguer, el que dijo que había venido a pacificar los espíritus, y tuvo tan mala mano que los exasperó al punto de ignición. Quería convocar unas Cortes ordinarias como si el interregno constitucional de siete años, que don Santiago Alba calificaba de "indignos" en sus artículos en "El Sol", no hubiera existido nunca. Los jóvenes íbamos con el ánimo corrido, dispuestos a intervenir en lo más recio de una insurrección armada, y entonces aprendí los sinsabores que se padecen en las catacumbas conspirativas, las citas frustradas, las armas que no llegan, los *comprometidos que fallan* y no dan la cara cuando llega la hora de la verdad.

PALABRAS DE JULIAN BESTEIRO

Mi entusiasmo temperamental llevaba a cuestras, aunque en carga leve, una cierta confusión de la mente, y fui a visitar a Julián Besteiro en busca de aquella luz que pedía Goethe. Resultó que no era tan fácil visitarle en aquellos días, pues más de una vez, al entrar en su casa, en el hotelito situado frente al viejo hipódromo de la Castellana, cerca del que habitaba el general Hidalgo de Cisneros, vi que el perchero estaba atestado de gorras de todas las armas y cuerpos del Ejército. Yo sabía muy bien lo que buscaban allí estos elementos militares en conferencia con el presidente del Partido Socialista Obrero Español, y casi brincaba de alegría.

En su amplio despacho, con el respeto que me inspiraban su frente despejada, sus ojos claros y su fino empaque mezcla de lord británico y sabio de la antigüedad clásica, Besteiro enfrió mis bríos.

—Yo no quiero poner hielo en el ardor juvenil, que debe tener francas las puertas, pero el valor, en términos marxistas de

esa actitud, es para mí agua pasada. Hace ahora trece años que nos lanzamos a la huelga revolucionaria de mil novecientos diecisiete, y usted no puede imaginarse lo que valía aquel movimiento nacido en la entraña de un proletariado de genio brillante, explotado y marginado por una burguesía y unos terratenientes que, a diferencia de todos los de Europa, comparten el mismo espíritu sórdido. ¿Qué vale lo de ahora comparado con lo de entonces? En aquellos días nos sirvió de clave para empezar la huelga el artículo "Cosas veredes, mío Cid..." y es ahora cuando se ven otras cosas, es decir, la unión manipulada del proletariado con la burguesía reaccionaria y los generales de fondo derechista y autoritario. A los que creen que se embarcan en un acorazado de combate, que no va a cañonear la antigualla estructural del capitalismo, yo sólo les digo: Buen viaje, barquichuelo de papel.

MADRID HIERVE DE CONSPIRACIONES

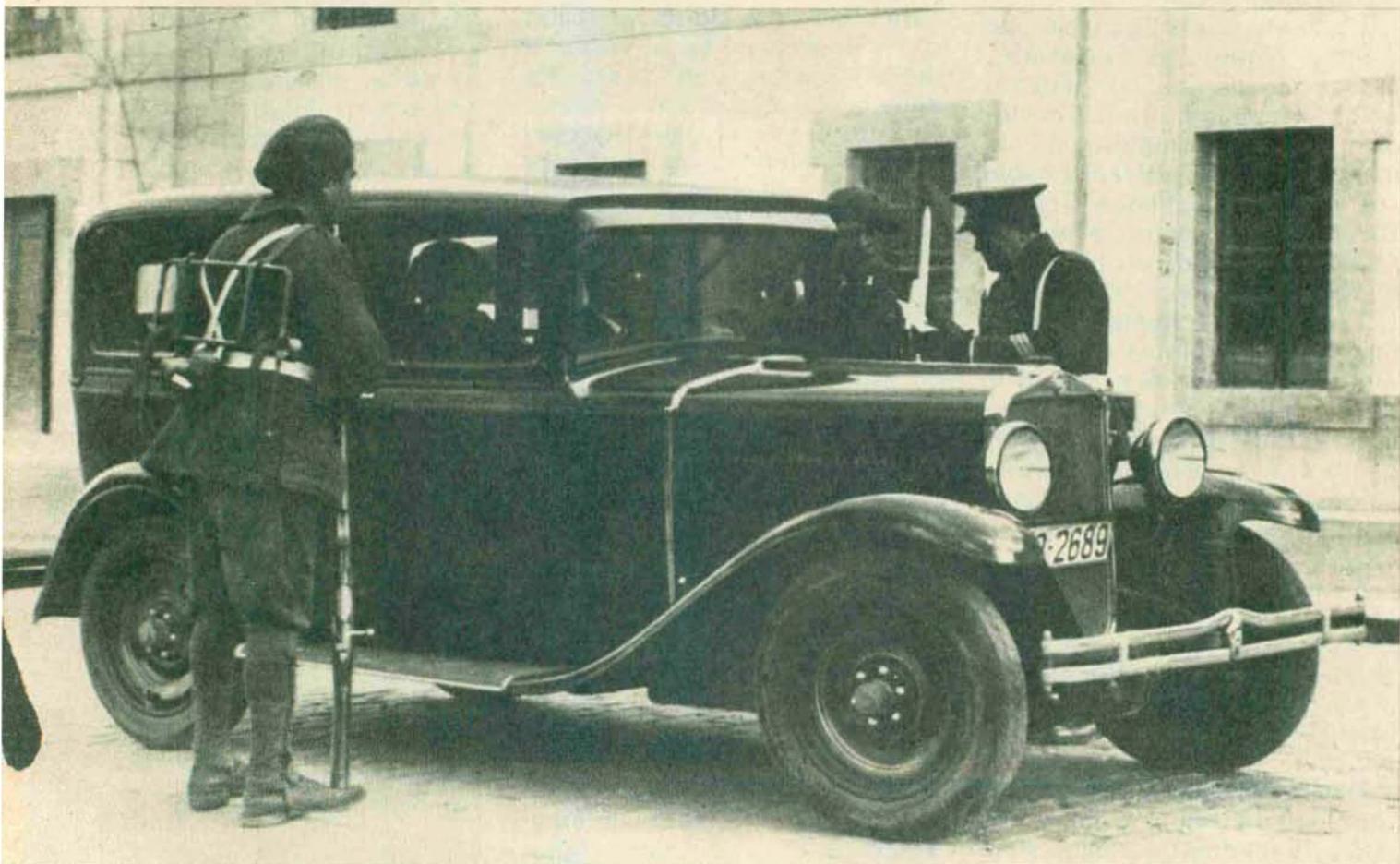
Las palabras de Besteiro me dieron mucho que pensar, pero otra cosa era mi emotivo entu-

siasmo revolucionario, que no lo paraba un tren. ¡República! era una consigna nacional a cuyo influjo cálido nadie se sustrata. Años atrás, Ortega y Gasset repetía un dicho encomiástico de Pablo Iglesias: "Es un santo, es un santo". No hacía mucho tiempo el doctor Marañón había declarado: "El Partido Socialista es lo único digno y respetable que queda en España". Por su parte, el ex ministro Ossorio y Gallardo confesaba: "En mi casa hasta el gato es republicano, pero yo soy monárquico sin Rey". Don José Sánchez Guerra, en un memorable discurso, acusó al Rey de haber urdido el golpe de Estado del general Primo de Rivera, comparándolo con el asesinato del conde de Villamediana, aquel de "Son mis amores reales", insinuantes de una relación pecaminosa con la Reina. Sánchez Guerra rememoró los versos acusatorios: "Mentideros de Madrid, decidme, ¿quién mató

al conde?". Todos estuvieron de acuerdo con el rumor de que "el matador fue Bellido y el impulso soberano". El comandante Ramón Franco hizo una fuga peliulesca desde su encierro en Prisiones Militares, donde estaba arrestado por haber hecho manifestaciones republicanas. Su ayudante, el mecánico Rada, asestó los potentes focos de su automóvil contra un muro de la prisión, sumiendo en tinieblas la pared en la que, desde una alta ventana, el comandante Franco arrojó al vacío una larga cuerda fija en una viga y se descolgó por ella ágilmente, escapando con Rada en su automóvil, sin que el grupo de guardias y curiosos que miraban al mecánico arreglar una supuesta avería sospecharan de dónde había salido el recién llegado.

En la Redacción de mi periódico recibimos la visita del capitán Rexach, aviador como Franco y muy amigo suyo, con el cual salí

varios días recorriendo las tertulias cafeteriles donde se reunían los grupos de conspiradores comprometidos a secundar el grito de la Revolución, que sería dado por escuadrillas de aviación rebeldes. En aquella época casi todos los bajos de la Puerta del Sol eran magníficos cafés, que se multiplicaban por todas las calles cercanas, donde por una consumición de cincuenta céntimos los cascarrabias conspiradores tenían tradicional puerto y oficina. El horno estaba a punto para armar el gran bollo, y los conjurados, en vez de hablar con susurros sutiles encima de las orejas, como en tiempos de Fouché, daban a su misterio un aire engolado para que la gente se diera cuenta de que allí había un juramentado de muchas campanillas. Todos eran enlaces de grandes legiones o secretarios generales de importantes partidos potenciados en las sombras.



SOLDADOS VIGILANDO EL PASE DE VEHICULOS EN LAS CALLES QUE CONducEN AL AERODROMO DE CUATRO VIENTOS, EN LAS HORAS DE LA SUBLEVACION MILITAR QUE ALLI DIRIGIERON EL GENERAL QUEIPO DE LLANO Y EL COMANDANTE RAMON FRANCO.



El capitán don Juan López García, rodeado por el grupo de tenientes y suboficiales de cuya defensa se encargó en el último Consejo celebrado en Jaca



Grupo de oficiales que han sido condenados en el último Consejo de Guerra celebrado en Jaca, disponiéndose a tomar el tren para embarcar hacia prisiones



TODOS LOS MILITARES QUE COLABORARON EN EL LEVANTAMIENTO REVOLUCIONARIO DE JACA FUERON JUZGADOS CON GRAN RAPIDEZ. SOBRE ESTAS LINEAS, VEMOS UN GRUPO DE SUBOFICIALES Y SARGENTOS CONDENADOS A RECLUSION EN CASTILLOS, MIENTRAS QUE LAS FOTOS SUPERIORES MUESTRAN —COMO SEÑALAN SUS PIES RESPECTIVOS— A OTROS MUCHOS INculpADOS.

Una noche se produjo en el café de Levante, de la Puerta del Sol, uno de los muchos incidentes que entonces proliferaban debido a la pasión reinante. El general Queipo de Llano era amigo de los ambientes de popularidad, y yo le oí pronunciar arengas subido en su automóvil en la Puerta del Sol y desde los balcones del café Universal. En la tertulia del Levante se dirigía al público lanzando acerbos diatribas contra el antiguo dictador, general Primo de Rivera, cosa que hacía a menudo, y sabedores de ello se presentaron allí los tres hijos del ofendido, uno capitán y dos abogados, los cuales se lanzaron contra Queipo de Llano y se liaron a bofetadas con el general y sus acompañantes. Los tres eran jóvenes y vigorosos,

y llevaron la mejor parte, hasta que surgió de pronto el capitán Rexach, potente y gladiador, que dio la vuelta al combate y cambió tarjetas con el capitán Primo de Rivera. Se batieron a sable dos días después y Rexach hirió en el brazo a su contrincante.

Había otros tres hermanos, los comandantes Burguete, que en una tertulia del Lyon d'Or censuraban vivamente al gobierno monárquico del general Berenguer. Aconteció que en la mesa próxima se sentaron un capitán y un comandante de la Guardia Civil, y un Burguete cambió la mira diciendo en voz alta ciertos juicios contra la Guardia Civil, cuyo espíritu lo habían vuelto como un calcetín desde meses atrás, cuando su padre, el

teniente general Burguete, fue relevado en el cargo de director general de dicho instituto. El capitán se levantó y le pidió que retirara ciertas expresiones, el comandante contestó que las mantenía, y el capitán fue al Juzgado y presentó una denuncia por injurias a la Guardia Civil.

El nombre del doctor Albiñana sonaba mucho en aquellos días como caudillo de una de las viejas partidas de la porra, espejo del machismo español y muestra de la primera facción fascista que conoció el país. Tal doctor proclamó la consigna de que tranquilidad viene de tranca, y sus huestes asaltaron una noche el diario "La Libertad", adonde inmediatamente fuimos varios redactores de "El



CON MOTIVO DEL LEVANTAMIENTO DE JACA Y EL SIMULTANEO DEL AERODROMO DE CUATRO VIENTOS, EL GOBIERNO DE BERENGUER DECRETÓ LA LEY MARCIAL, CUYA PROCLAMACION LEE AQUÍ UN GRUPO DE MADRILEÑOS EN LA TAPIA DEL MINISTERIO DE LA GUERRA

Socialista" para manifestar nuestra protesta. En la noticia que hice del caso la definí como nueva hazaña de los forajidos albiñanistas, pues otra anterior la perpetró el propio doctor, que en los locales de su partido había dado una brutal paliza a bastonazos a un pobre infeliz que había entrado allí por error. Un pírrico romance de valentía, que se quedó en gallina cuando el periodista Rafael Sánchez Guerra, hijo del ilustre ex ministro, le llamó con un verdadero silbido de canes, en un artículo de "La Libertad", "un sujeto que atiende por Albiñana".

LA BUSQUEDA DE ARMAS Y LA PERSECUCION DE "EL SOCIALISTA"

La preparación del estallido revolucionario seguía su curso, y a mí me parecía que crecía como una bola de nieve, símil

de embozo, pues en su barriga trepidaba la energía ígnea. Uno de los más activos centros subversivos estaba en la cervecería La Polar, situada en la Carrera de San Jerónimo, donde antes había concurrido con frecuencia el comandante Franco, que luego, durante la guerra civil, la destruyó con una bomba soltada desde su avión, para borrar del mapa la sede de sus pasados errores. Allí salía muy mal parado el nombre del Rey, y allí me dieron en secreto un nombre clave, que no recuerdo bien si era Eusebio Romeo, para que preguntara por él en todos los centros republicanos y laicos para que me dieran armas. Pero en esos locales éramos centenares o millares los que íbamos a preguntar por el mentado E. R., y sólo le encontré gracias a un amigo. Me entregaron ocho formidables pistolas, bien arropadas en cuatro cajas de zapatos, y di tres de ellas a unos

camaradas de las juventudes socialistas. Estaba yo procesado entonces por la jurisdicción militar en los cuarteles de San Francisco, y al ir a la Dirección General de Seguridad a cumplir unas diligencias vi con sorpresa que por allí andaban, como Perico por su casa, tres de los más entusiastas conspiradores de La Polar, y efectivamente, en su casa estaban, pues eran agentes de la Brigada Política. No cabía duda de que el general Mola, el director general, lo sabía todo y hacía la vista gorda, pues los estudiantes de la FUE organizaban casi abiertamente una expedición en autocares a Jaca, cuyo regimiento, según los planes proyectados, sería el primero en sublevarse, y todo les salió a punto.

Sobre nuestro diario llovían las denuncias judiciales, pero ¡qué denuncias! Todo eran trámites opacos y ninguna llegó a juicio.

Una noche entraron en nuestra Redacción de Carranza, 20, nada menos que ocho agentes y dos descomunales guardias de seguridad, con su inmenso casco azul rematado en cresta y su enorme sable al cinto. Los agentes de la secreta ya no eran aquellos sabuesos que pintaba Galdós, con "aire mixto de autoridad y miseria", sino que se mostraron en todo momento con aire de buenos padres de familia, ajustándose en modales y expresión a las reglas de la urbanidad. Así cumplieron su extemporánea misión de ir a incautarse de la tirada del periódico en las horas del conticinio, cuando los ejemplares habían salido a la calle hacía ya veinte horas y estaban vendidos y distribuidos. Para mayor venganza salí de la sala y desde el teléfono de otra dependencia llamé al regente de la imprenta y le dije que estaba aquí la Policía, y que escondiera los ejemplares sobrantes. Sólo se llevaron un ejemplar que yo les di. Sin embargo, estas denuncias no producían ningún agrado en algunos altos dirigentes. Trifón Gómez, secretario general de los ferroviarios y miembro de la Ejecutiva del Partido, se presentó en la Redacción y nos dijo: "No sé cómo se las arreglan ustedes para que todos los días denuncien el periódico. No se crean que sus plumas son picas que van a ponerse en Flandes, porque no hay ni picas ni Flandes". Pues, ¿qué había entonces? No me aclaró nada la cuestión otra frase de mucha enjundia que me dijo el censor de prensa del gobierno Berenguer cuando telefoneé a su oficina para pedirle que dejara pasar sin tachones cierto suelto político, y me contestó: "Sí, señor, pasará intacto y además lo saludo a usted con un ¡viva Carlos Marx!".

UNA VIDA POR OTRA

La conflagración revolucionaria anunciaba su inminencia. Una noche se presentaron en nuestro periódico los compañeros

Amador Fernández, de Asturias, y Julián Zugazagoitia, de "El Liberal de Bilbao". En la cara se les veía que venían expectantes y esperanzados, y dijeron que llegaban a pedir instrucciones. El director, Cayetano Redondo, llamó por teléfono a Saborit, secretario general del PSOE, y éste contestó: "Que se vayan inmediatamente cada uno a su puesto". A la noche siguiente, después del trabajo, me fui con Redondo a dar un paseo, a las cinco de la madrugada, y por las cercanías del cuartel de la Montaña nos cruzamos con un señor de aspecto grave, al cual se dirigió Redondo. "¡Caramba, Mangada, no le hacía a usted por aquí!". Entonces nos dimos cuenta de que el interpelado tenía los ojos llenos de lágrimas. "Sí, yo debía estar ahora en Jaca, al frente de mi regimiento, pero se acaba de morir mi hija, que estudiaba aquí". El teniente coronel Mangada había sido el

defensor, cuando era capitán en 1917, de los compañeros Besteiro y Saborit, en el consejo de guerra que los condenó a cadena perpetua como responsables de la huelga revolucionaria. Nos quedamos confusos ante la triste noticia y nos despedimos de él tras darle el pésame. Dos días después comentamos aquel cruce de destinos dramáticos, pues la inocente niña había hecho que acudiera su padre para el último abrazo en la hora exacta de salvarlo de morir ante el pelotón de ejecución por sublevarse a la cabeza de sus tropas.

Redondo me dijo que fuera por la mañana a la Redacción, es decir, dentro de cinco horas, a ver qué rumbo tomaban los acontecimientos, pues el Partido no era el protagonista del levantamiento, y no tenía constituidos cuadros orgánicos de acción insurreccional, y las pis-

TANTO EL GENERAL QUEIPO DE LLANO COMO EL COMANDANTE FRANCO HUYERON A PORTUGAL UNA VEZ ABORTADO EL LEVANTAMIENTO. HE AQUÍ AL PRIMERO DE ELLOS EN LISBOA, TRAS ENTREVISTARSE CON EL MINISTRO DE LA GUERRA LUSITANO.





EL GOBIERNO BERENGUER MANDO DETENER A LOS MIEMBROS DEL COMITE REVOLUCIONARIO, AL QUE HACIA RESPONSABLE DE LA REVOLUCION DE DICIEMBRE DE 1930. ALCALA ZAMORA, FERNANDO DE LOS RIOS Y LARGO CABALLERO FUERON CONDUCTIDOS A LA CARCEL MODELO DE MADRID. EN LA FOTO, LARGO CABALLERO SALIENDO DE PRISION CUATRO MESES MAS TARDE DEL INTENTO.

tolas me habían sido reclamadas por los mismos que me las dieron. El Partido Socialista había acordado declarar una huelga general en ayuda de la revolución, pero ésta era una cuestión que incumbía a la Unión General de Trabajadores, y no sabíamos qué actitud final adoptarían las Federaciones de este organismo. De todas formas, entre las juventudes socialistas prevalecía el espíritu de intervención y estábamos dispuestos a participar en el zafarrancho de combate.

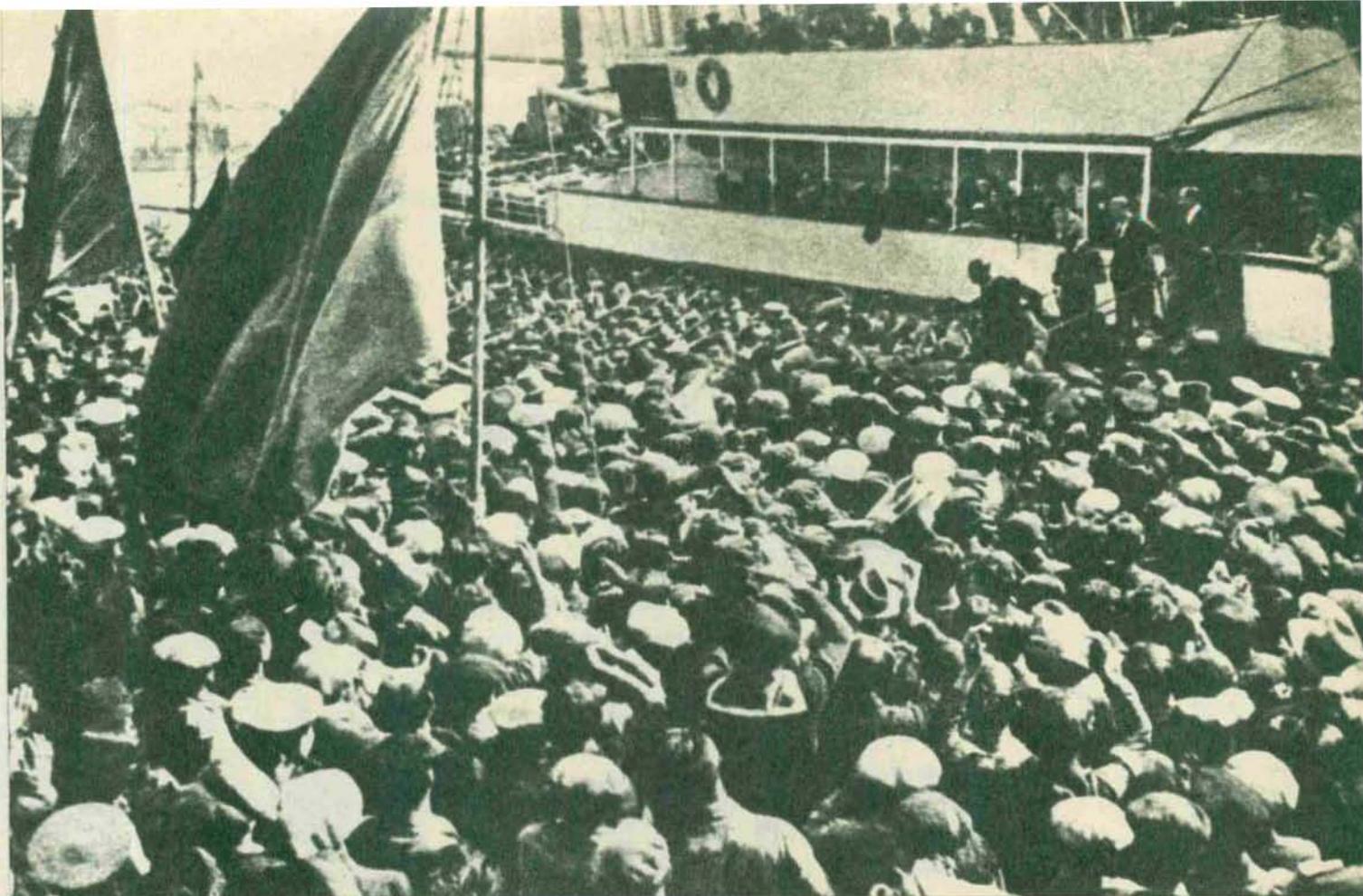
LOS EQUIVOCOS FRACASOS DE LAS REVOLUCIONES

A primera hora, los aviadores militares comprometidos en la conjura se habían despedido de sus esposas e hijos en escenas emocionantes, y corrieron des-

pués hacia el aeródromo de Cuatro Vientos, donde se presentaron el general Queipo de Llano y el comandante Ramón Franco, junto con otros oficiales, y en un momento toda la guarnición se sublevó por la República. Al mismo tiempo, el regimiento estacionado en Jaca, pese a la ausencia de su teniente coronel Mangada, proclamó la República bajo el mando de los capitanes Fermín Galán y García Hernández, secundados entre otros por el capitán Gallo, el alférez Manzanares, un nutrido grupo de estudiantes de la Universidad de Madrid y muchos paisanos de la ciudad acaudillados por el relojero Rodríguez. En San Sebastián, el valiente e intachable caballero republicano, don Miguel de Andrés, al frente de un pequeño grupo de correligionarios, se lanzó al asalto del Gobierno Civil, y en el tiroteo

resultó muerto un guardia de seguridad.

Cuando oí el rugido de los aviones sobre el cielo de Madrid salí a la calle para ver la reacción popular ante el efecto de las bombas que, según el plan establecido, serían soltadas sobre el palacio real. Experimenté una gran decepción al comprobar que nadie estaba en huelga y que por las calles discurría la vida ciudadana con la misma normalidad de todos los días. La única novedad consistía en los fuertes escuadrones de caballería de la Guardia Civil y de los guardias de seguridad, apostados en la Gran Vía, frente a los edificios donde pocos años después fue construido el cine Capitol; en la glorieta de Cuatro Caminos, Atocha, Progreso y cercanías de palacio. Las bombas no cayeron, y en su lugar los aviones lanzaban chorros de



AL SER PROCLAMADA LA II REPUBLICA, SE DISPUSO LA LIBERTAD DE LOS PROCESADOS DE JACA, RECLUIDOS MUCHOS DE ELLOS EN CARCELES DE LOS TERRITORIOS ESPAÑOLES EN AFRICA. CONTEMPLAMOS EL MOMENTO EN QUE UN GRUPO DE DETENIDOS —CON EL CAPITAN SEDILES AL FRENTE— DESEMBARCA EN EL PUERTO DE BARCELONA ANTE UNA AMPLIA Y APASIONADA MULTITUD.

octavillas llamando a todos los ciudadanos a unirse al levantamiento revolucionario, pero las hojas eran muy pequeñas, difíciles de cazar en un día de viento invernal y casi nadie se preocupaba de ellas. Muy despacio me encaminé hacia la calle de Alcalá con la última esperanza de que se llevara a cabo el proyectado asalto y ocupación del Ministerio de la Guerra. Tampoco por allí había ningún ambiente de chamusquina. Más tarde vi que se aglomeraba la gente sobre las puertas de los Jardines del Ministerio. Acudí corriendo y, como hacían todos formando corros en torno a varios soldados, les pedí que me dieran una de las tiras de papel que estaban repartiendo. Las tiras de papel, escritas en mecanografía ciclostil, decían: "Por un radiograma urgente del coronel jefe, recibido en este Ministerio, se comunica al público

que a las once y media de la mañana ha quedado dominado un intento de sublevación militar llevado a cabo en el aeródromo de Cuatro Vientos por un pequeño grupo de oficiales. Otro radiograma del gobernador militar de Huesca comunica que ha sido reducido el levantamiento del regimiento de Jaca, y están presos sus cabecillas bajo la jurisdicción militar. Dominados estos focos de perturbación, toda España está en paz y en perfecto orden".

España entera parecía seguir indiferente todos estos sucesos, pero esta indiferencia se cortó en seco cuando se anunció el fusilamiento de los capitanes Fermín Galán, comunista, y García Hernández, demócrata y cristiano. Los dos jóvenes encendieron con mechero un último cigarrillo, se dieron un abrazo y murieron con dignidad

de soldados. El gobierno Berenguer cantó victoria y se creyó el amo del futuro. Don Niceto Alcalá Zamora, presidente del Comité Revolucionario, y los compañeros Largo Caballero y Fernando de los Ríos, pertenecientes al mismo, ingresaron en la Cárcel Modelo de Madrid. Indalecio Prieto, Manuel Azaña, Lerroux, Miguel Maura y otros más no fueron hallados por la Policía. Queipo de Llano y Ramón Franco se fueron a Portugal en sus aviones.

¿Estaba todo perdido? La historia que enredan las armas humeantes en sus jornadas carceleras y represivas cae como telaraña frente a la que tejen los ideales cultivados en el espíritu del país. A los pocos meses, sin disparar un tiro ni romper un cristal, se proclamó la República, segunda en la cuenta. ■ G. C. M.